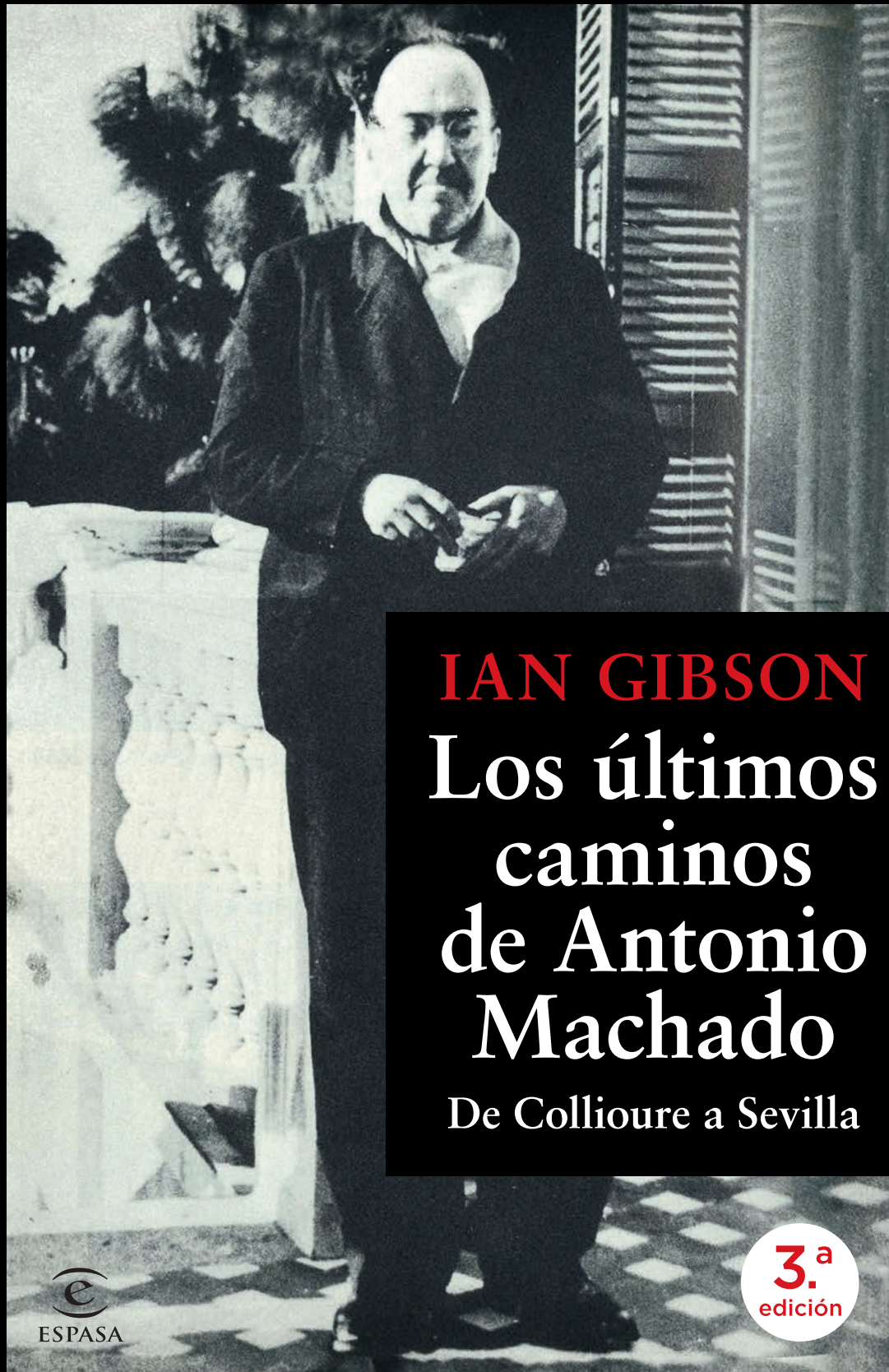




IAN GIBSON
**Los últimos
caminos
de Antonio
Machado**

De Collioure a Sevilla

IAN GIBSON

LOS ÚLTIMOS CAMINOS
DE ANTONIO MACHADO

De Collioure a Sevilla



Primera edición: febrero de 2019

Tercera edición: mayo de 2025

© Ian Gibson, 2019

© Herederos de Antonio Machado, 1940

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Diseño del cuadernillo de fotografías: María Pitironte

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

Preimpresión: Safekat, S. L.

Iconografía: Grupo Planeta

Depósito legal: B. 3.220-2025

ISBN: 978-84-670-7721-6

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.



ÍNDICE

FIN DE RECORRIDO	11
1. DE SEVILLA A SORIA (POR MADRID Y PARÍS)	15
2. DE BAEZA A SEGOVIA	41
3. CAMINOS REPUBLICANOS	95
4. FRENTE POPULAR, MADRID ASEDIADO	123
5. DE VALENCIA A BARCELONA	147
6. CITA CON ELLA	177
ESPAÑA, ESTE DOLOR	203
SIGLAS UTILIZADAS EN LAS NOTAS	209
NOTAS	211
BIBLIOGRAFÍA	231
ÍNDICE ONOMÁSTICO	241

1

DE SEVILLA A SORIA (POR MADRID Y PARÍS)

*Hoy, en mitad de la vida,
me he parado a meditar...
¡Juventud nunca vivida,
quién te volviera a soñar!¹*

Antonio Machado vino al mundo en Sevilla en julio de 1875. Su padre, Antonio Machado Álvarez, y sus abuelos paternos —Antonio Machado Núñez y Cipriana Álvarez Durán— eran republicanos viscerales y anticlericales, de procedencia portuguesa, que, con el regreso de la monarquía borbónica, a finales del año anterior, vivieron el hundimiento de sus más profundas esperanzas para el futuro del país.

Catedrático de Ciencias Naturales en la Universidad hispalense, el abuelo, gaditano de nacimiento, había participado en la Revolución de 1868 —«La Gloriosa»—, que echó a Isabel II, y ejerció de alcalde de la ciudad durante el llamado «Sexenio Progresista».

Después del asesinato de Prim en 1870, y luego de la abdicación del rey Amadeo en 1873, los once meses republicanos, con sus cuatro presidentes, habían sido tan conflictivos e inestables que facilitaron el regreso del antiguo régimen. España, según la formulación, treinta años antes, de Mariano José de Larra, volvía, nueva Penélope, a su habitual práctica suicida de tejer y destejer. Machado Núñez había vuelto con resignación a su cátedra decidido a lavarse las manos de la política.²

El poeta no nació en un rincón cualquiera de la capital andaluza, sino en un paraíso interior digno del huerto bíblico de *El cantar de los cantares*. Paraíso perdido a los cinco años.

Se trataba del palacio de las Dueñas, propiedad de los duques de Alba alquilada entonces, en parte, a once o doce familias modestas, una de ellas la encabezada por el padre de Antonio.³

Situado a unos escasos quinientos metros del bullicio de la calle de Sierpes, el palacio, mezcla de elementos platerescos, góticos y mudéjares, está rodeado de una tapia altísima que lo escamotea de los ojos curiosos.

No ha cambiado sustancialmente desde el siglo pasado. El rumor de la ciudad apenas llega hasta los jardines, con sus tres elegantes patios y sus veredas de albero. En el silencio se percibe el canto y el aleteo de numerosos pájaros —palomas, gorriones, mirlos, acaso un mochuelo por la noche—, el susurro de los surtidores y, de vez en cuando, amortiguada, la campanada de alguna iglesia cercana.

Machado nunca olvidaría, estuviera donde estuviera, su edén infantil. Inspiró sus versos inaugurales e iría aflorando a menudo en su lírica posterior. Fue imborrable, quizás sobre todo el recuerdo de la fuente octagonal del Patio de los Limoneros —casi a ras de tierra y adornada con azulejos policromados—, en cuya superficie se reflejaban, ante los ojos maravillados del niño, los frutos (ilustración 2). En «El poeta visita el patio de la casa en que nació», de 1903:

*El limonero lánguido suspende
una pálida rama polvorienta
sobre el encanto de la fuente limpia,*

*y allá en el fondo, sueñan
los frutos de oro...*⁴

Al principio de su magnífico «Retrato» (1908), cuando Machado ya tiene treinta y tres años, da a entender, con los verbos en tiempo presente, que, en su fuero interno más íntimo, la escena sigue incólume:

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero...*⁵

Doce años después, en el soneto titulado «Al palacio de las Dueñas», rememora a su padre sentado en su despacho y luego saliendo por una puerta al jardín:

*Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente...*⁶

En 1913 nos sitúa en «un huerto sombrío» con

*... el limonero
de ramas polvorientas
y pálidos limones amarillos,
que el agua clara de la fuente espeja...*⁷

Y, ya en tiempos de la Segunda República, leemos:

*Soñé la galería
al huerto de ciprés y limonero;
tibias palomas en la piedra fría,
en el cielo de añil rojo pandero,
y en la mágica angustia de la infancia
la vigilia del ángel más austero...*⁸

Se podrían aducir otras muchas reminiscencias de las Dueñas en la poesía machadiana: sus jardines, su luz, su cielo azul, sus lunas, la fuente de los limones, el patio... y, como en la última cita, sus *galerías*, que se van a convertir en uno de los escenarios clave de los sueños que proliferan en los poemas de su primera etapa.



Habría que subrayar la enorme influencia que tuvo el abuelo Machado Núñez sobre el desarrollo intelectual y humano de sus nietos, especialmente Antonio. Tenía una sed inapagable de conocimientos y le fascinaba desde la ornitología, la botánica y la geología hasta la arqueología y la historia. Publicó un opúsculo sobre los peces del Guadalquivir y, al parecer, fue el primero en identificar un lince ibérico en Doñana. Llevaba a los niños de paseo por los alrededores de la ciudad y las riberas del río, y les enseñaba los nombres y las singularidades de flores y pájaros. Había empezado su carrera en Cádiz como médico y luego, tras ampliar estudios en París, recorrió las Américas antes de asentarse en la capital andaluza. Era un hombre afable en el trato, muy apreciado por todos, menos por el estamento clerical de la ciudad, que le tenía ojeriza y le consideraba un elemento de alto riesgo, con nefastas tendencias masónicas.⁹

En cuanto a la abuela, Cipriana Álvarez Durán, de procedencia extremeña, era buena pintora y sobrina del polígrafo Agustín Durán, primer director de la incipiente Biblioteca Nacional, iniciador de los estudios folclóricos en España y compilador del monumental y famosísimo *Romancero general*, en el cual, si hemos de creer al poeta, aprendió a leer. Folclorista como su tío, Cipriana coleccio-

naba coplas y cuentos y transmitió a su único hijo la pasión por la cultura popular.¹⁰

No hay que olvidar tampoco al padre de Cipriana, el raro militar, filósofo y político José Álvarez Guerra, autor de un tratado, *Unidad simbólica*, duramente condenado por Marcelino Menéndez y Pelayo, aquel martillo de los heterodoxos españoles. Era un ser tan extraño que casi parecía un ente de ficción.¹¹

¿Y los abuelos maternos? Vivían en Triana. Allí, con toda seguridad, los visitaba con frecuencia su hija Ana acompañada por sus hijos, entre ellos Antonio y su hermano Manuel, once meses mayor, que también iba a ser poeta.

* * *

Sevilla, cuando nace Machado, es todavía un puerto comercial floreciente, y Triana —conectado con la ciudad por el famoso puente de hierro—, su barrio marinero por excelencia, como indicará Antonio en un poema temprano:

*Sevilla, marinera
y labradora, que tiene
hinchada, hacia el mar, la vela...*¹²

Las fotografías del francés Jean Laurent y del inglés Charles Clifford, celeberrimas a partir de mediados del siglo XIX, muestran este tramo del río lleno de barcos, los de vapor compitiendo con los veleros (ilustración 1).

Hoy el tráfico marítimo se ha desplazado hacia más abajo.

Los sevillanos nunca olvidan que el Guadalquivir ha sido a lo largo de siglos su camino al mar y al ancho mundo. No por nada Manuel y Antonio jugaban de niños a navegantes: el primogénito al mando de un buque de guerra, su hermano al de un mercante.¹³

Rafael Ruiz Pérez, el abuelo materno, había sido marino de joven pero luego decidió quedarse en tierra firme como encargado de un pequeño negocio. Su mujer, Isabel Hernández García, según se contaba, nunca se dignó cruzar el puente. ¿Para qué, si tenía todo lo necesario y más en su barrio? Vivían en la calle Orilla del Río, hoy Betis, no lejos de la hermosa y espaciosa iglesia de Santa Ana, «la catedral de Triana». Razón de sobra para que Rafael e Isabel diesen el nombre de la madre de la Virgen a su hija, nacida en 1854 (ilustración 3).¹⁴

Cuando la conoce Antonio Machado Álvarez, Ana Ruiz vive con sus padres en la minúscula calle Duarte, al lado mismo del templo.¹⁵

El puente de Triana conduce, en la ribera derecha del río, a la plaza del Altozano, con su ficus inmenso, de la cual sale una de las calles más bellas de España, la de Puerza, paralela a la de Betis. Entre sus otros atractivos alberga una Capilla de los Marineros, donde se venera a Nuestra Señora de la Esperanza.

En la fachada de la casa número 31 hay una placa que reza:

En recuerdo de Antonio Machado Álvarez, «Demófilo»,
«padre del folklóre andaluz». † 4 de febrero de 1893.

Machado Álvarez había partido para Puerto Rico en 1892, casi una década después del traslado de la familia a Madrid. Un año más tarde, a los cuarenta y cuatro, un

hermano de la madre, capitán de barco, lo devolvió gravemente enfermo a Sevilla y murió casi enseguida en brazos de Ana Ruiz, llegada presurosa desde la capital.¹⁶

Autor de una pionera y magnífica *Colección de cantes flamencos* (1881), el padre del poeta, abogado de profesión, había creído, ingenuamente, que, a través de sus respectivos tesoros de folclore nacional, los pueblos del mundo entero se iban a abrazar fraternalmente —de ahí su seudónimo Demófilo, «El amigo del pueblo»—. Fue un sueño irrealizable, y, amargado y sin dinero, aceptó un destino en la isla antillana, donde tampoco logró despegar.

En su poema «El viajero», Machado parece tener presente, al evocar la vuelta a casa del «hermano», aquella triste peripecia paternal:

*Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.*

*Hoy tiene ya las sienes plateadas,
un gris mechón sobre la angosta frente;
y la fría inquietud de sus miradas
revela un alma casi toda ausente...*

En la segunda parte del poema, el viajero relata en voz propia sus andanzas:

*He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado cien mares,
y atracado en cien riberas.*

*En todas partes he visto
caravanas de tristeza...*¹⁷

Machado iba a colocar el poema a la cabeza de sus *Poetas completos*. «De haber tenido grandes medios de fortuna se hubiera pasado la vida viajando», escribió su hermano José, cuatro años más joven. Luego añadió: «Dentro de sus posibilidades lo hizo lo más que pudo».¹⁸



El traslado a Madrid ocurre en 1883, cuando el abuelo consigue una cátedra en la Universidad Central.¹⁹ Escasea el dinero y, durante años, los Machado van a ir cambiando de casa como nómadas. Se ha decidido que Manuel y Antonio se formen en la Institución Libre de Enseñanza (ILE), fundada en 1876 por Francisco Giner de los Ríos, andaluz de Ronda, y algunos profesores compañeros suyos, hartos todos ellos del control férreo que ejercía desde siempre la Iglesia sobre la educación española, estrangulándola.

La ILE —el colegio de Primaria y Secundaria más progresista e innovador del país— estaba ubicado inicialmente en la calle de las Infantas y, a partir del curso 1884-1885, en la que sería su sede definitiva en el paseo del Obelisco, hoy General Martínez Campos. Muy cambiada actualmente, la propiedad es sede de la Fundación Francisco Giner de los Ríos.²⁰

Sin currículo fijo, sin libros de texto, la meta primordial que se proponía la ILE era el desarrollo de cada joven según sus propias aptitudes innatas.

En opinión de uno de sus exalumnos, el colegio era «un fermento de renovación», «un ensayo constante, una dirección, una tendencia, una reforma nunca terminada, una perenne confrontación de los más atrevidos principios pedagógicos con la realidad práctica...». No había ni

premios ni castigos, sino «una convivencia constante en el estudio y en el juego, en la Institución y fuera de la Institución».²¹

Las excursiones formaban parte consustancial del programa. Los profesores llevaban a sus alumnos con frecuencia a El Pardo, con sus magníficos encinares, y, cuando había más tiempo, al Guadarrama. Giner de los Ríos era muy dado a las largas caminatas por el campo, que para él era «algo inmanente y, a la vez, trascendente», inspirador de sentimientos casi religiosos.²² En el caso de Antonio, la insistencia del maestro en la conveniencia de pasear con los ojos bien abiertos, para no perderse nada del entorno, venía a prolongar y completar la costumbre familiar. Y llegaría el momento en que dijera que sus profesores crearon en él un amor a la Naturaleza que superaba «infinitamente» al del arte.²³

La influencia de la ILE sobre el poeta, pues, añadida a la del abuelo paterno, fue decisiva, vitalicia.

Machado Núñez murió en 1896 y fue enterrado en el Cementerio Civil de Madrid, donde yacen los restos de los hombres y mujeres de la otra España, la España de ambas Repúblicas, la España heterodoxa, liberal, masónica, «roja», agnóstica, atea. No podían faltar Giner de los Ríos y los otros prohombres de la ILE... y allí están todavía.

Detrás del hermoso mausoleo de Pablo Iglesias se encuentra la tumba de Machado Núñez.

En frente, al otro lado de la carretera, en el inmenso cementerio de la Almudena, atestado de símbolos cristianos, yacen los creyentes de la familia, entre ellos la abuela Cipriana.

Antonio y Manuel, que ya frecuentaban los círculos literarios y teatrales de Madrid, visitaron París juntos durante varios meses en 1899. Habían heredado de Machado Núñez un apego al idioma vecino, estimulado, quizás, por la Institución Libre de Enseñanza. En la capital gala se dedicaron con entusiasmo a profundizar su conocimiento de la lengua, tanto conversacional cuanto literaria.

Volvieron en 1902. Con el resultado de que Antonio iba a ser toda su vida profesor de francés en sucesivos institutos: Soria, Baeza, Segovia y, finalmente, Madrid.

En París intimaron con Rubén Darío, ya para entonces el poeta de lengua española más famoso a ambos lados del Atlántico. Hablaron con Oscar Wilde —muy disminuido por los rigores de su cruel prisión y ya cerca de la muerte— y confraternizaron con algunos literatos, extranjeros y españoles, entre ellos Pío Baroja. París era entonces, recordaría Antonio, «la ciudad del *Affaire Dreyfus* en política, del simbolismo en poesía, del impresionismo en pintura, del escepticismo elegante en crítica... La gran figura literaria, el gran consagrado, era Anatole France».²⁴

Paul Verlaine, rey de los poetas simbolistas, había muerto en 1896. Los hermanos se hicieron con su famosísima antología, *Choix de Poésies*. El impacto sobre Antonio fue determinante y se aprecia en dos poemas que publicó en marzo de 1901, tras su primera visita a París, en una pequeña revista madrileña, *Electra*.

En el primero, «La fuente», el «yo» —así como el del soneto «Après trois ans» de Verlaine— vuelve a visitar un parque viejo de «veredas solitarias». Se sienta en el pretil de una fuente monumental para contemplar la estatua que la protagoniza: un titán desnudo, «Mármol del Dolor», con «arrugada frente» abatida hacia el «hercúleo pecho». Desde la boca de un dragón cae por la espalda del gigante

«la carcajada fría / del agua, que a la pila descendía / con un frívolo, erótico rumor». El «yo» del poema observa su «cejiunto gesto contorcido» y procura, sin éxito, desentrañar la significación del «símbolo enigmático» que tiene delante. Y declara:

*Hay amores extraños en la historia
de mi largo camino sin amores,
y el mayor es la fuente,
cuyo dolor anula mis dolores,
cuyo lánguido espejo sonriente
me desarma de brumas y rencores.*

*La vieja fuente adoro;
el sol la surca de alamares de oro,
la tarde la salpica de escarlata
y de arabescos mágicos de plata.
Sobre ella el cielo tiende
su loto azul más puro,
y cerca de ella el amarillo esplende
del limonero entre el ramaje obscuro...*²⁵

La alusión al jardín infantil de las Dueñas es ineludible, aunque no consta que hubiera allí nunca una fuente tan escultóricamente elaborada.

La hipótesis se confirma en el segundo poema, donde hace su aparición inaugural la «galería del sueño», que será escenario de numerosos poemas oníricos del primer Machado:

*Siempre que sale el alma de la obscura
galería de un sueño de congoja,
sobre un campo de luz tiende la vista
que un frío sol colora...*²⁶

Las galerías y pasillos del palacio de las Dueñas dejaron en el alma del futuro poeta, con el reflejo de los limones y el cielo azul en el espejo de la fuente, una huella imborrable. Nunca, nunca los olvidó.

* * *

A principios de 1903, tras la segunda estancia en París, editó su primer libro, *Soledades*. Por si no fuera suficientemente indicativo el título, el del primer grupo de composiciones, «Desolaciones y melancolías», ratificaba su temática, así como el poema «Crepúsculo», donde aparece

*La soledad, la musa que el misterio
revela al alma en sílabas preciosas
cual notas de recóndito salterio...*²⁷

El «yo» de *Soledades* es extremadamente introvertido. Padece la obsesión de «lejanos dolores», la pesadumbre de una juventud nunca vivida plenamente y el ansia de un amor que no llega.

Pero hay un consuelo: la escapatoria por la galería de los sueños, que le conduce a las capas más hondas de su psique donde permanece intacto el pasado:

*Sobre la tierra amarga,
caminos tiene el sueño
laberínticos, sendas tortuosas,
parques en flor y en sombra y en silencio;
criptas hondas, escalas sobre estrellas;
retablos de esperanzas y recuerdos...*²⁸

Entre las presencias que pueblan estos paisajes subliminales destaca la de una figura femenina amada, pero siempre esquivada, inalcanzable.

La deuda de *Soledades* para con *Choix de Poésies* de Verlaine, tanto temática como técnica, se confirma en todo el librito. Y es que había en Machado una poderosa predisposición, por las circunstancias de su infancia, para que los «paisajes del alma» del francés le hablaran de una manera muy personal.

Ocupa una posición central en *Soledades* la secuencia titulada *Del camino*. En una redacción anterior, llevaba como epígrafe un verso de los *Milagros de Nuestra Señora*, del poeta medieval Gonzalo de Berceo:

*Todos somos romeros que camino [pasamos]...*²⁹

La metáfora de la vida como camino, y de nosotros como peregrinos o romeros, es fundamental en el primer Machado y nunca estará ausente de su poesía posterior:

*Muy cerca está, romero,
la tierra verde y santa y florecida
de tus sueños, muy cerca, peregrino
que desdeñas la sombra del sendero
y el agua del mesón en tu camino.*³⁰

Una de las formas que toma el camino machadiano es el río, que, nacido tierras adentro, desemboca finalmente en el mar, donde pierde su identidad al mezclarse con las olas. No por nada *Soledades* termina con un pequeño poema, «Glosa», inspirado por las *Coplas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir. *¡Gran cantar!*

*Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar:*

*Dulce gozo del vivir:
mala ciencia del pasar;
ciego huir a la mar:*

*Tras el pavor de morir
está el placer de llegar:*

*¡Gran placer!
Mas ¿y el horror de volver?
¡Gran pesar!*³¹

Van saliendo en revistas sus nuevos poemas. Uno de ellos constituye toda una declaración de fe en el potencial del sueño como vía de autoconocimiento. Freud había publicado en 1899 *La interpretación de los sueños* y está naciendo el psicoanálisis:

*Y podrás conocerte, recordando
del pasado soñar los turbios lienzos,
en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.*

*De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños.*³²

Caminar con los ojos abiertos: ha sido la recomendación tanto del abuelo Machado Núñez como de Francisco Giner de los Ríos y sus compañeros de la Institución Libre de Enseñanza. Machado nunca dejará de estar atento a sus sueños, pero le preocupa caer en la tentación de una introspección exagerada o, como él la llamará, «autoins-

pección». Además, ya tiene un nuevo maestro que piensa igual: Miguel de Unamuno.

En estos poemas, el recuerdo del jardín de las Dueñas está a menudo latente. En uno de ellos nos acerca a la raíz de la angustia que le asedia desde los días de su niñez sevillana:

*Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.*

*La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo;*

—Sí, yo era niño y tú mi compañera.³³

¿Quién fue la compañera del «yo» niño, luego perdida? La poesía «Sueño infantil» ayuda a situarnos:

*Una clara noche
de fiesta y de luna,
noche de mis sueños,
noche de alegría,
—era luz mi alma,
que hoy es bruma toda,
no eran mis cabellos
negros todavía —,
el hada más joven
me llevó en sus brazos
a la alegre fiesta
que en la plaza ardía.
So el chisporroteo
de las luminarias,*

*amor sus madejas
de danzas tejía.
Y en aquella noche
de fiesta y luna,
noche de mis sueños,
noche de alegría,
el hada más joven
besaba mi frente...,
con su linda mano
su adiós me decía...
Todos los rosales
daban sus aromas,
todos los amores
amor entreabría.³⁴*

La insistencia es tanta que uno siente la tentación de creer que estamos ante un hecho autobiográfico real. Ana Ruiz tuvo cinco hijos entre 1876 y 1881 —casi uno por año—, y siempre había criadas o niñeras para echar una mano en las tareas domésticas. Quizás se trataba de una de ellas, que, habiendo sido la encargada de Antonio, desapareció de repente, por la razón que fuera, ocasionándole el trauma de sentirse abandonado.

Otro poema de la misma época tiende a ratificar la hipótesis:

*Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta
se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas*

*chispeantes, atónito, y asombra
su corazón de música y de pena,
así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.*³⁵

Machado jamás superaría del todo el dolor de haber perdido para siempre, durante su niñez, a una persona intensamente amada. «Antonio no ha tenido nunca esa alegría propia de la juventud», contaba más tarde su madre. Si no nació triste, triste fue nuestro poeta desde su más tierna infancia.³⁶



El exalumno de Francisco Giner de los Ríos no puede seguir sin tener un trabajo fijo. En 1900 aprueba los ejercicios de ingreso en la Universidad Central de Madrid, pero no empieza una carrera. Ha hecho sus pinitos de cómico en el Teatro Español, que frecuenta asiduamente con su íntimo amigo Ricardo Calvo, gran actor en ciernes, pero no han dado mucho de sí. Ha publicado *Soledades* y colaborado en varias pequeñas revistas, pero sin ganar nada. ¡Y en 1905 va a cumplir los treinta años! Decide, pues, aconsejado por Giner, ser catedrático de francés. No tiene vocación de pedagogo, lo reconoce, pero se trata de enseñar un idioma que ama y de hablar con los chicos de literatura, que al fin y al cabo es lo suyo. Y tiene la ventaja de vacaciones largas.

Habría preferido quedarse en Madrid entre los suyos, pero no hay plaza y, además, la competencia habría sido tremenda. Las únicas opciones son Soria, Baeza o Mahón.³⁷

Opta por Soria.

La visita a finales de abril de 1907 para tomar posesión de su cátedra. La ciudad y el paisaje en que se asienta le impresionan tanto que nace un maravilloso poema que señala una nueva dirección en su obra. Ya no estamos en el jardín secreto de las Dueñas, sino en pleno campo castellano, con los ojos abiertos de par en par:

ORILLAS DEL DUERO

*Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.
Girando en torno a la torre y al caserón solitario
ya las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.*

*Es una tibia mañana.
El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.*

*Pasados los verdes pinos,
casi azules, Primavera
se ve brotar en los finos
chopos de la carretera
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.
El campo parece, más que joven, adolescente.*

*Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,
y mística primavera!*

*¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña
ante la azul lejanía,
sol del día, claro día,
hermosa tierra de España!³⁸*

Es la primera vez que aparece la palabra «España» en la poesía de Antonio Machado, el atisbo inaugural de un

tema que, emparejándole con los escritores de la luego llamada Generación del 98, desarrollará en los poemas reunidos, en 1912, en *Campos de Castilla*.



En febrero de 1908, el diario madrileño *El Liberal* publica en primera plana, con una fotografía del poeta, su hoy famosa autosemblanza, «Retrato», compuesta en alejandrinos pausados. En ella admite que no es un conquistador, aunque declara admirar la hermosura femenina y haber recibido alguna flecha de Cupido. Reconoce tener en sus venas «gotas de sangre jacobina» —provenientes sobre todo del abuelo paterno—, si bien brotan, asegura, de «manantial sereno» Y afirma que es «bueno en el buen sentido de la palabra».

¿Cuál es su estética en estos momentos en que acaba de editar *Soledades. Galerías. Otros poemas*, segunda edición ampliada de su primer libro? Rehuir toda ornamentación, expresar con sencillez su mundo interior y, en línea con su admirado Pierre de Ronsard, el fluir irreparable del tiempo. Los espléndidos versos finales del poema aluden a la satisfacción que le proporciona tener por fin un trabajo digno que le permita no depender de nadie:

*Y, al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.
Y cuando la hora llegue del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.³⁹*

Se trata de una premonición casi alucinante.

En Soria el poeta alcanza algo de su añorada juventud «nunca vivida» al conocer a Leonor Izquierdo Cuevas, cuya tía dirige la casa de huéspedes donde se aloja. Tiene trece años; Antonio treinta y dos. Vivir bajo el mismo techo les permite ir conociéndose poco a poco a largo de dos años mientras ella se va convirtiendo en mujer. Se casan en 1909. De alguna manera se trata del reencuentro con el hada de sus sueños recurrentes.

El poeta dirá que su boda fue el día más triste de su vida, cuando debería haber sido el más feliz, al provocar las derechas locales un escándalo en la iglesia y luego someterlos a una cruel cencerrada en la estación.⁴⁰

Y es que, en Soria, el catedrático de francés iba siendo criticado por sus ideas avanzadas, expresadas en artículos y alguna conferencia. Aludió al ambiente hostil en una copla divertida:

*En Santo Domingo,
la misa mayor.
Aunque me decían
hereje y masón,
rezando contigo,
¡cuánta devoción!*⁴¹

Por desgracia, sabemos poquísimo acerca de Leonor. «De talla, mediana; el cabello, castaño, un poco ondulado; no se ponía afeites: una niña; los ojos, morenos oscuros; la tez, más bien sonrosada; la voz, un poco aniñada. Le parecía en todo a la madre»: así la recordará su tía Concha Cuevas.⁴² Uno de los alumnos de Machado la recordaría «morena, pero blanca, con palidez de lirio», dotada de «unos grandes, profundos y rasgados ojos» y

una mirada «como la de una gacela sorprendida».⁴³ Para un amigo de la familia era «menuda y trigueña, de alta frente y de ojos oscuros». Según el mismo testigo, ayudaba a su madre, soportaba como mejor podía a su padre, guardia civil jubilado bastante dado a empinar el codo, adoraba la poesía y lloraba en silencio».⁴⁴ Las pocas fotografías suyas que se conocen, todas sacadas el día de la boda, nos la muestran con pelo espesísimo y cara oval. Da la impresión de estar muy orgullosa al lado de su marido (ilustración 4).⁴⁵

En 1910 Machado consiguió una beca para ampliar estudios en París durante un año a partir del 1 de enero de 1911, y allí se fue, ilusionado, con Leonor. Iba a ser su luna de miel de verdad, lejos de Soria, lejos de España. Pero se convirtió en tragedia: el 14 de julio, día de la fiesta nacional, Leonor empezó a escupir sangre. Se diagnosticó tuberculosis, los médicos recomendaron el regreso al aire puro de la altiplanicie soriana y, aquel septiembre, antes de tiempo, emprendieron el viaje de vuelta con la ayuda económica de Rubén Darío.⁴⁶

Machado le contó en una carta a su madre que la repentina aparición del mal —el más temido de la época— les había herido «como un rayo en plena felicidad».⁴⁷

Poco a poco, tras el regreso a Soria, Leonor, amorosamente cuidada por Antonio, se iría extinguiendo.



Hay unos parajes sorianos especialmente vinculados a Machado que cualquier amante de su obra querrá conocer en persona. En primerísimo lugar, el bucólico camino, bordeado de álamos, que discurre, en la ribera izquierda del Duero, entre San Polo y la ermita de San Saturio, y

por el cual, cogidos de la mano, tantas veces paseó con Leonor:

*¡Álamos del amor que ayer tuvisteis
de ruiseñores vuestras ramas llenas;
álamos que seréis mañana lirás
del viento perfumado en primavera;
álamos del amor cerca del agua
que corre y pasa y sueña,
álamos de las márgenes del Duero,
conmigo vais, mi corazón os lleva!*⁴⁸

Otras dos referencias paisajísticas clave de la Soria machadiana son la cumbre de la montaña que domina la ciudad, Santa Ana o Santana, y la Laguna Negra, donde nace el Duero.

En el largo poema en alejandrinos «A orillas del Duero» —mucho más denso que el anterior del mismo título—, narra la penosa subida, «buscando recodos de sombra» bajo un sol de justicia, a la cima de la montaña y describe la inmensidad esteparia, rodeada de sierras, que se contempla desde ella. El panorama induce una reflexión sobre el actual decaimiento de Castilla y de quienes habitan y trabajan sus tierras, descritos injustamente como «atónitos palurdos sin danzas ni canciones»:

*Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?*

El poema cae de lleno dentro de algunos estereotipos de la historiografía tradicional, con el obligado elogio del

Cid y las referencias de rigor a la llamada «Reconquista», la «Toma» de Granada y el «Descubrimiento». ¿No le preocupaba a Machado la desaparición de la mezcla de culturas que había en la península antes de 1492? ¿Admira de verdad la hazaña imperialista, el rapto del oro y de la plata de América que posibilitara el «milagro» español de entonces? ¿No ha leído a Fray Bartolomé de las Casas, tan crítico ante las crueldades propagadas por sus paisanos allende el mar? ¿O es que, en el fondo, solo quiere creer que un pueblo capaz de generar tan indiscutible energía podría cobrar una nueva pujanza? Quizás era esto.

El gran interés de «A orillas del Duero» estriba, de todas maneras, en revelarnos a un Machado hondamente afectado por la decadencia de su país y deseoso de su regeneración. O sea, al Machado formado en la Institución Libre de Enseñanza, con su sueño de una gran España culta, dialogante y europea; al Machado que en estos momentos está en contacto con otros escritores, con Unamuno a la cabeza, empeñados en buscar soluciones a la acuciante parálisis nacional.⁴⁹

En cuanto a la Laguna Negra, situada en las alturas de la Sierra de Urbión, a unos sesenta kilómetros al noreste de Soria, sube a verla poco antes del inicio del curso de 1910-1911. Entonces una odisea considerable de dos o tres días —coche correo, caminata a pie, caballos—, hoy se trata de un recorrido de poco más de cuarenta minutos.

Impresionado por el lago, sus imponentes alrededores y las incidencias del viaje, entre ellas comentarios sobre algunos brutales asesinatos recientes, frutos de la codicia, empezó a rumiar, ya de regreso a Soria, la posibilidad de componer un poema épico expresivo del alma de la meseta castellana. Así nació *La tierra de Alvargonzález*, que, pese a su deliberado laconismo, a guisa de romance de ciego,

contiene unos pasajes de alto voltaje emotivo en primera persona:

*¡Oh tierras de Alvargonzález,
en el corazón de España,
tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes que tienen alma!*

*Páramo que cruza el lobo
aullando a la luna clara
de bosque a bosque, baldíos
llenos de peñas rodadas,
donde roída de buitres
brilla una osamenta blanca;
pobres campos solitarios
sin caminos ni posadas,
¡oh, pobres campos malditos,
pobres campos de mi patria!...⁵⁰*

* * *

En mayo de 1912, cuando todavía quiere mantener la esperanza de que Leonor sobreviva, termina un poema hoy reconocido como uno de los más hermosos y conmovedores del castellano:

A UN OLMO SECO

*Al olmo viejo, hendidó por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.
¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento*

*le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.*

*No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.*

*Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.*

*Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana
ardas, de alguna mísera caseta,
al borde de un camino,
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hacia la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.*

*Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.*⁵¹

No se produjo el milagro. Leonor se apagó el 1 de agosto de 1912. Fue enterrada en el camposanto del Espino, el «Alto Espino» de la «carta» dirigida por Antonio al año siguiente a uno de sus mejores amigos en Soria, el periodista José María Palacio:

*... Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?*

*Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino donde está su tierra...*⁵²

Terminado todo, el poeta huye cuanto antes a Madrid, dejando atrás un montón de papeles y borradores que, por desgracia, nunca se han recuperado.⁵³